

WALTER LINGÁN

UN
CÚY
ENTRE
ALEMANES



UN CUY ENTRE ALEMANES

Walter Lingán

UN CUY ENTRE ALEMANES



© Walter Lingán, 2015
© Editorial Eclipsa, 2015

Editorial Eclipsa
info@eclipsa.com.es
www.eclipsa.com.es
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo, 2015

ISBN: 978-84-941240-8-2
Depósito Legal: M-12119-2015

Printed in Spain
Imprenta Print House

I

El animal venido del Sur

Los hechos maravillosos o sobrenaturales son más corrientes de lo que creemos, aunque su incidencia sea irregular.

DAVID GARNETT, *La dama que se transformó en zorro*.

Se recostó y vio desfilar en su heredad nocturna seres desconocidos, diferentes en traje y en semblante. A Omixóchtli, la del semblante añoso, le extrañó el color lechoso de su tez, las pelambreras negras o bermejas que deformaban los rostros, los grandes perros, el relumbrar de las herraduras, los atavíos incómodos, los truenos del cielo que empuñaban. Al día siguiente, divulgó su sueño.

CARLOS MONSIVÁIS, *Nuevo catecismo para indios remisos*.

1

¿Recuerdas, Michaela, nuestro primer encuentro? Una falda azul oprimía tu cadera y una blusa blanca se desesperaba ante la rebeldía de tus senos. Esa tarde veraniega te conté que venía de un barrio limeño que surgió de la noche a la mañana. Apenas oscureció, mamá nos arrastró entre la penumbra cargando esteras y cartones con los que edificaríamos nuestra futura vivienda. Colocamos una bandera sobre esa casucha con la esperanza de que los soldados respetasen el símbolo patrio y no nos desalojasen. De nada sirvió. Vinieron los militares, mancillaron la bandera y quemaron las chozas, pero no pudieron destruir el sueño de la casa propia y la noche siguiente volvimos y plantamos nuevas esteras y nuevas banderas. En ese barrio aprendí que hay una patria que nos niega todos los derechos. Tú, una mujer atestada de universos, fijaste tu azul mirada en mi rostro sin decir nada. Después, me abriste las puertas de tu casa y me enseñaste, sin tapujos, que el amor no ata sino proporciona libertad. Te dije que fue en enero, de un año que ya no recuerdo, cuando llegué al aeropuerto de Francfort del Meno. Y digo que fue en enero porque el invierno ardía inclemente mordiendo todo lo que tocaba. Además, recién se había celebrado, al decir de Ricardo Bada, la Fiesta Internacional del Regalo, más conocida como Navidad. Esa mañana abandoné el avión por una extensa «manga metálica» que unía los salones del aeropuerto con aquel gigantesco «pájaro de acero». Caminé, un poco perdido, ante tanta grandeza. Seguía letreros y flechas, a la gente que se guiaba

con ellas y con los carteles rotulados en inglés y alemán: *Ausgang / Exit*. Asombrado recorría ese enjambre de kilométricos pasillos señalados con letras y números. ABCD. Escaleras arriba. A34. Escaleras abajo. B42. A la derecha. C14. A la izquierda. D62. Otra vez subir. A/B. Otra vez bajar. C/D. Actualmente, en el Perú, muchos sociólogos intentan sepultar a la lucha de clases. En los periódicos se refieren a las clases sociales por sus ingresos y los nombran como si fueran los pasillos de un aeropuerto. A los sectores con buenos ingresos los reconocen como A/B, a los sectores con sueldos de sobrevivencia como C/D y D/E son aquellos que viven de las migajas y los milagros. Los términos burguesía, clase media, proletariado y lumpenproletariado han sido desterrados del nuevo lenguaje de las inciertas ciencias sociales adictas al pensamiento único.

2

En fin, como te venía diciendo, esperé, con azoro, estremecido, para recoger mi maleta. En ella llevaba unos cuantos trapos viejos, una ajada y casi descuajeringada edición de *El lobo estepario* de Hermann Hesse, mi autor favorito, y un par de publicaciones de teoría marxista. Luego de cruzar nervioso la zona de control de pasaportes, caminé de nuevo casi un kilómetro para, finalmente, salir hacia el bullicio alemán. Asombrado entré en la galaxia del primer mundo. Un nuevo planeta se abría a mi paso. Por un momento llegué a pensar que el aeropuerto de Francfort del Meno era más grande que Lima. Cargaba sueños y esperanzas a raudales. Convertirme en un buen profesional, un científico para servir a mi gente, a mi pueblo, con todo el corazón.

3

Desde los gigantescos ventanales veía caer intensamente la nieve como los huangos de lana de oveja izados en la rueca de mamá. Con mi chompa me creía suficientemente abrigadito. El joven rubio, alto y bien arropado, que fue a recogerme, con

un español atarzanado me conminó amablemente, a ponerme una casaca o un abrigo pues el frío era intenso. Suelto de huesos le contesté que no era necesario, que no tenía frío. Entonces, incrédulo e indeciso, se limitó a guiarme entre los larguísimos corredores del edificio y una casi impenetrable selva humana. Iba atento a todos los olores y colores, a esos exóticos sonidos de lenguas que iban y venían, extraños ecos que me entraban por un oído y me salían por el otro, hombres y mujeres de diversos colores arrastrando maletas y maletines de todos los tamaños. Esto es Alemania, me dije, Alemania la buena, la federal, la multitudinariamente capitalista. Esta es la Alemania donde nació Carlos Marx, un hombre que se empobreció estudiando el capital como ningún capitalista lo hizo. Tenía curiosidad de conocer la casa de Marx en Trier y con Celena hicimos el viaje. Recorrí en silencio, con cierta solemnidad, los diferentes recintos de la vieja casona.

4

Recuerdo que antaño proclamarse marxista era un orgullo. Ahora, de los que decían serlo, ya muy pocos tienen el coraje de llamarse comunistas, socialistas o revolucionarios y, muy pocos, poquísimos, siguen leales a sus ideales. Hoy en día resulta que son «emprendedores». Se creen gente de «progreso» porque piensan como los opresores. Actualmente nadie quiere transformar el mundo, la lucha de hoy en día es por colocarle un parche al sistema para que siga funcionando. En boca de todos está la bendita «inclusión». ¿Creen realmente que los ricos «incluirán» a los pobres para disfrutar de la vida? Es más fácil que un camello meta un hilo por el hueco de una aguja que un pobre se siente en la mesa de los ricos. Aquellos que eufóricos hablaban de REVOLUCIÓN ahorita titubean, se les traba la lengua para llamar a las luchas populares por su nombre, se orinan de miedo y acallan los gritos que genera la lucha de clases. Es más, antiguos amigos «senderistas», que estaban dispuestos a dar la vida por la lucha armada y el partido, hoy se han «reciclado» y tratan, lo más pronto posible, de olvidar su pasado. No dudo que esos personajes leen *Entre el amor y la furia* de Maruja Martínez a escondidas. Estoy seguro que

han desterrado de sus bibliotecas los libros de Carlos Marx, de Federico Engels, de Vladimir Illich Lenin y de Mao Zedong, temerosos del que dirán, de que los acusen de retrógradas o terrucos. Para muchos estrenados neoliberales, José Carlos Mariátegui es aquel hombrecito que escribió esos anacrónicos *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Y aunque digan lo que digan «la rueda de la historia gira y seguirá girando hasta el triunfo definitivo del Comunismo», como anotó Jorge Dimitrov. Por eso, aunque se caiga el cielo, desaparezcan el sol y la luna y la tierra se haga pedazos, al saque y sin temores, yo declaro: Soy mariateguista. Soy marxista. Soy leninista. Soy maoísta. Soy escritor.

5

Con una mano en el bolsillo apretaba, casi con ansias, los cinco billetes de veinte dólares y ocultaba a la vez ese defecto genético en mis manos por el cual siempre fui objeto de burla. Me llamaban: «Deditos», «Manos de plátano», «Sietededos». Esos cien dólares era todo el capital que llevaba encima. Fue reunido entre algunos parientes quienes me lo entregaron en el aeropuerto. Diciendo dijeron: «para que no llegues misio a las alemanias». Una de mis tías repitió su frase favorita: «Sere-mos pobres, pero que no se note». En esos tiempos había dos alemanias. La República Democrática de Alemania, la comunista, la roja y pecadora, la rochosa, la mala de la historia, a la que logré visitar una vez antes de la caída del muro de Berlín y la República Federal Alemana, la capitalista, la buena, la chévere, la pajita, la pulenta, la pija, la pituca, a donde había llegado. Igual que Raymundo Herrera, el personaje real-fabuloso de *El jinete insomne* de Manuel Scorza, así me sentí caminando en ese mundo fabuloso-real de gentes masticando lenguas raras y aviones que no dejaban de aterrizar vomitando gente y maletas sin cesar, hasta que alcanzamos la calle.

6

Apenas di un paso fuera del recinto climatizado del aeropuerto casi me quedo paralizado por el frío. Se entumecieron mis piernas y las manos se me agarrotaron. La boca se tronchó en una mueca parecida a la que Pablo Picasso, con su habilidad de colores y formas poéticas, ha sabido inmortalizar en sus cuadros. Mis labios manteniendo una rigidez absurda se negaron a moverse, a decir esta boca es mía. La quijada, pegada tercamente al maxilar superior, impedía que la lengua, hecha un nudo, intentara desatarse para pronunciar: «¡Qué frío, ay, Jesús!». El estacionamiento de autos, el *Parkhaus*, era otra gigantesca maraña, casi tan grande como el aeropuerto. Una infinidad de autos de los más diversos modelos, colores y tamaños se alineaba en perfecta formación militar como descansando después de enormes trajines. Hasta ahora cuando ingreso a tales establecimientos en busca de un auto, me siento perdido, desolado. Admiro mortalmente a Celena, que tuvo el coraje de mantenerme más tiempo a su lado, pues ella ingresaba, supongo que sigue ingresando, al *Parkhaus* y sin dudas iba al piso correcto y a la fila exacta en donde se encontraba el auto. Yo la seguía en silencio, pensando nada más que en las noches de gloria con ella.

7

Esa mañana, mientras nos alejábamos del aeropuerto de Francfort del Meno, cuando menos lo esperaba, descubrí una suave pelambreira cubriendo el dorso de mis manos y unas uñas, casi transparentes, prologando la delgadez de mis dedos. Estiré las mangas de mi chompa y escondí rápidamente esa extraña visión. Temblé entremoniado por un terror desconocido, por esa escalofriante imagen. Minutos después, disimuladamente, miré mis manos y todo seguía en la más cotidiana normalidad. Quizás solo fueron efectos del cansancio o del frío. Quien sabe el cambio radical del clima me hizo ver cosas que no existían. Alucinaciones. Nervioso, preocupado, miré al joven rubio, alto y de ojos azules y, ¡oh, locura!, solo vi la cabeza de una res y al hablarme escuché un ¡muuu...!, largo y

prolongado. En una exhalarrastración cerré los ojos para borrar ese delirio visual y muy despacio volví a mirar al conductor. Todo estaba en orden y tan solo me hablaba en alemán, en ese endiablado y complicado idioma. Esa fue la primera vez que pensando en la *Metamorfosis* de Franz Kafka recliné la cabeza en el asiento del auto y me adormecí levemente, aunque no pude entregarme al sueño.

8

Más de cuatro horas —quizás fueron cinco o seis— viajamos en absoluto silencio. Yo iba rumiando mis recuerdos y el miedo por esa repentina aparición en mis manos defectuosas. Acostumbrado a vivir ocultando la deformidad de mis extremidades, no fue ningún esfuerzo disimular esa extraña visión. El chofer, concentrado en la carretera, no se percató de mis temores, de mis temblores. Las autopistas de tres carriles de ida y tres de vuelta estaban abarrotadas por autos y grandes camiones. Una larga marcha de rezongonas máquinas. Una enorme y nutrida procesión de vehículos escoltada por extensos murallones de árboles en cuyas ramas peladas dormía la impecable blancura de la nieve. Al comienzo íbamos a unos ochenta kilómetros por hora y daba la sensación que íbamos resbalando sobre el mullido lomo de Casiopea. A ratos veía enormes letreros anunciando nombres extraños que hacían tartamudear a mi lengua cuando intentaba mentalmente pronunciarlos. El más fácil fue: *Ausfahrt*.

9

De pronto recordé mi país. En la Lima gris con su caos aborrecido y bienamado aparecía aquel cuartucho de madera de un desvencijado edificio ubicado en el populoso distrito de La Victoria. La tempestad de nieve se fue agudizando y la velocidad del auto disminuyó claramente, tan solo avanzábamos entre treinta y cuarenta kilómetros por hora. En medio de esa tranquila y constante tempestad de nieve surgió la imagen de mi madre, sus lágrimas y sus manos agitando adioses. También

irrupieron con cierta claridad los perfiles de mis hermanos y sus travesuras en la improvisada casucha de Collique. Los compañeros con quienes soñábamos cambiar el mundo y discutíamos esperanzados con terminar los abusos y los robos que cometía SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social) en nombre del progreso y el desarrollo de los llamados Pueblos Jóvenes, esos barrios de Lima donde se vive marginados de toda pizca de civilización. Una tristeza insondable invadió «mis humanas lacras».

10

Avisté a mi astroso barrio sin pistas, sin luz eléctrica, sin agua y sin desagüe, sus casuchas de esteras y cartón, pero con la esperanza de convertirse en una ciudad moderna. Ahí logré divisar a la primera novia prometiendo no olvidarla nunca, y casi lo logro. Ella me enseñó a leer *La casa de cartón* de Martín Adán. *Scheiße!* ¡Mierda! Fue un grito que me volvió a la realidad. El joven rubio y alemán, con la cabeza de res, se aferraba al timón mientras el auto sin control se deslizaba lentamente hasta detenerse atascado en un fango de nieve. Algunos minutos nos costó volver a introducir el vehículo a la pista. El frío inflingía dolores en manos y pies, atravesaba el pecho y martillaba entre mis piernas. Subimos al auto, rugió el motor y partimos embestidos por la furia de la nieve. Un súbito escorzor en una de mis piernas, me hizo llevar mi mano a la pantorrilla y la encontré cubierta de una pelambrea blanca. Asustado bajé velozmente el pantalón. El miedo y la preocupación me hicieron transpirar un sudor frío. El corazón palpitó acelerado y con fuerza. ¿Solo era una visión, una alucinación experimentada por el violento cambio climático? Recordé un sueño antiguo. Convertido en ave volaba y volaba y volaba descubriendo, desde la altura, la belleza de la naturaleza.

11

Lentamente volvió la tranquilidad y un agradable calorcito resucitó la vida entre mis piernas. Con la tibieza vivificadora y

el adormecedor rugido del auto triturando la nieve olvidé momentáneamente mis temores y retornaron los recuerdos. Me sentí acariciando la bondad de la otra casi novia que se quedó sollozando en silencio aferrada a una baranda metálica en el aeropuerto de Lima. A ella le gustaban las canciones de Raúl Vásquez, el monstruo de la canción, y solía cantármelas al oído: *Por lo que siento en mi pecho / ante tu proximidad / porque tu sonrisa me hace rica en humildad / por el mundo de alegría / que en tus manos suelo ballar / porque aprendí a tu lado a conjugar el verbo amar / Por eso voy a ser tu compañera / para compartir mi pan mi camino mi real y mi llegar / Voy a ser tu compañera / no me puedo equivocar / tú serás con quien el día deba verme despertar...* Un error genético me proporcionó más de cinco dedos en cada una de las extremidades y sirvió también para que mis compañeros de la escuela y de juegos me llamaran con diferentes humillantes apodosos. Ahora, al ver que mis piernas y mis brazos, de pronto, habían cambiado de aspecto volvió a intranquilizarme una serie de entremonados temores.

12

Y otra muchacha, más amante que novia o viceversa, a quien no le gustaba para nada mi partida, fue la que un día me ofreció *Agua que no has de beber* de Antonio Cisneros. Pero mi aguda tristeza me llevaba, sin remedio, a César Vallejo, al «llorador de dolores humanos». Todos estos pensamientos y figuras pasaron por mi mente como una exhalarración, a una velocidad de película. En especial, sentía los besos de aquella muchacha más amante que novia o quizás más novia que todas mis novias. De nuevo los inesperados cambios de mis extremidades volvieron a inquietarme, a extremescitarme. ¿Acaso se trataba de una variante del *Síndrome de Proteus* o un mal extraído desde las páginas fictivas de Kafka? Tratando de aplacar mis desazones vuelvo a la lectura de *La reticencia de Lady Anne y otros cuentos* de Saki y me detengo especialmente en *La cura del desasosiego*. Y lo que sí me entretiene, ocupa mis horas tristes, es *Brasil* de John Updike donde sus dos personajes principales: Tristão Raposo, negro, joven, un «pijoaparte» playero, una especie de «androso brichero» cusqueño, en busca

de oportunidades reñidas con la ley, e Isabel Leme, una rubia de la burguesía brasileña, suficientemente dotada en las artes políticas como para no ver en Tristão a un irreconciliable enemigo de clase.

13

Tratando de olvidar todo el pasado, me entretuve recordando algunos pasajes de la crónica novelada *Complot* de Genaro Ledesma Izquieta, abogado cajabambino, ex diputado y ex dirigente de la peruana Izquierda Unida. En ese libro cuenta la redada policial de 1963 ordenada por el golpista general Ricardo Pérez Godoy mandando a cientos de dirigentes sindicales, sociales y políticos a la isla El Frontón y a la colonia penal El Sepa, inhóspita prisión en medio de la tupida selva amazónica. Entre ellos estuvo también el poeta *Cholo* Luis Nieto. Comunistas y apristas fueron el blanco de la represión. Ahora los tiempos han cambiado y a esa gavilla de apristas mafiosos y ladrones nadie les toca un pelo, más bien se los premia. En mi memoria también apareció en la cancha de San Fernando durante la huelga de maestros del Sindicato Unitario de los trabajadores de la Educación del Perú (SUTEP) en 1977 el poeta contumacino Mario Florián con su libro *Obra poética escogida* bajo el brazo, escuchando atento los fustigantes reclamos de ese maestro inmortal: Horacio Zeballos Gamez. La olla común hirviendo y desatando al aire sabores de lucha y consecuencia. Cuando nos detuvimos frente a un edificio con la fachada de una vieja mansión, rompiendo el silencio y mis pensamientos, el amigo alemán, me dijo: *Otro día te contar uno jiste*, supongo que quiso decir: *Otro día te cuento un chiste*. Será por eso que, pasados algunos años y cuando el idioma alemán ya me era comprensible, me acerqué curioso a *Der Abenteuerliche Simplicissimus* de H. J. Christoffel von Grimmelshausen, la primera novela alemana, donde se dibuja la odisea del héroe Simplicissimus a través del paisaje de treinta años de guerra y se continúa en un viaje por Rusia, Japón, India y Roma.